Pablo Ayenao Lagos

Memoria de la carne

SERIE DE NOVELISTAS

Pablo Ayenao Lagos

Memoria de la carne

BOGAVANTES

Memoria de la carne
© Pablo Ayenao Lagos
Primera edición
Registro de propiedad intelectual N° 256.118
ISBN: 978-956-358-878-1
Editores: Arturo Durán, Ricardo Herrera, Luis Riffo y Marcela Vidal
Ilustración de portada: *Autorretrato doble* (1915), de Egon Schiele

Editorial Bogavantes
Valparaíso, 2015

Impreso en Chile
por Imprenta Digital Dimacofi

A Margarita

¿Qué te importa más: la persona que acompaña
a tu hijo, o la tribu a la que pertenece?

El libro de Tobías

En esa lengua bífida para hundirse
otra vez guía rastrera.

Soledad Fariña, *El primer libro*

Primera Parte

Ciudad

Los dedos ascienden en espiral. Mira tu reflejo en el agua, que el agua todo lo limpia. Todo lo limpia menos la carne. Giran otra vez los dedos. El golpe será demoledor. Quien mira los ojos idénticos se perderá en la distancia.

Marchita la lengua.
Silencio en las manos.
Toma aire. Respira.

Saliva.

No hemos cambiado.
Somos uno.
Uno partido en dos.
Uno.

I

Mi nombre es Tobías.
Por las noches, mi padre enterraba a sus muertos.
Mi nombre es Tobías.
Aquí nadie cura su ceguera.

II

El aire, el aire. Me faltaba el aire.

Tengo X años. Camino inquieto por el patio de mi casa. Me tiendo a la sombra de un cerezo mientras el sudor se acumula en mi espalda. Hojeo un libro que mi padre me regaló para navidad. Mojo mi dedo con saliva y voy despegando las páginas despacio, muy despacio.

Un calor sofocante me aturde bajo el árbol tupido.

De pronto, decido buscar un refugio para soportar este verano inclemente. Me dirijo hacia la bodega. Adentro la visibilidad es mínima. Sólo distingo un par de finos rayos solares que ingresan por las ranuras que separan los tablones.

Percibo una respiración agitada.

No distingo en derredor. La tierra cruje. El calor aumenta. Mi polera se pega en la espalda. Contemplo la oscuridad y retengo el aliento en la pieza oscura.

Impaciente, noto que mis axilas sudan y el aire se hace cada vez más espeso.

III

Mi padre nos obliga a bañarnos todas las noches.

Apenas finalizan los noticiarios centrales en la televisión, mi padre deja correr el agua de la tina y con Rafael debemos ir al baño para limpiar afanosamente nuestro cuerpo.

Rafael es mi gemelo. Nació diez minutos después que yo.

Creo que no soportaría la idea de bañarme solo y por eso dejo que Rafael me lance la espuma del jabón en los ojos. Me trago la impotencia mientras mi gemelo ríe y sale de la tina bruscamente, salpicando agua por todas partes.

Rafael no puede esquivar la bofetada de mi padre. A mi padre no le gusta que Rafael salga corriendo de la tina, dice que se puede caer y golpear en la cabeza. Sólo por eso lo abofetea. Por eso y porque Rafael no realiza el menor atisbo de obediencia.

Sé que mi hermano odia a mi padre y que mi padre, cada día más, rechaza a mi hermano. El golpe nocturno, que ya casi se ha transformado en una liturgia, ha producido el distanciamiento.

Es que la mejilla de mi gemelo se enrojece con los golpes de papá.

La rabia ha tatuado la piel de Rafael exhibiéndose como una herida vergonzosa. Una herida crónica producida por la mano vigilante que se justifica en la severidad de la autoridad paterna.

En el colegio escuché que la saliva puede ser un alivio

y por eso, todas las noches, escupo sobre mi mano y la esparzo por la mejilla de Rafael.

Después nos ponemos los pijamas de algodón, apagamos la luz del dormitorio y nos metemos a la cama.

Siempre hemos dormido juntos.

Toda la noche siento su aliento cálido en mi nuca. Sólo así logro conciliar el sueño.

IV

En el colegio, con Rafael compartimos el pupitre.

A pesar de que somos gemelos, nadie nos confunde. La mejilla enrojecida de mi hermano delata nuestra individualidad.

Cuando la profesora se enfurece debido al bullicio de la sala, golpea el mesón con el libro de clases. Todo el mundo enmudece al instante con el chirrido de la mesa.

Mi padre nos ha señalado que no debemos conversar con nuestros compañeros de colegio, porque esto puede acarrearnos serios problemas. Le obedecemos antes de atrevernos a averiguar a qué clases de problemas se refiere. La mejilla enrojecida de Rafael frena cada palabra que intentamos proferir hacia algún compañero de curso.

Los mudos, nos dicen. En el colegio todo el mundo nos conoce como los gemelos mudos. Hasta el director así nos denomina.

Ocurrió el último día que fuimos a la escuela.

En el recreo, con Rafael no nos separábamos nunca, pero esa vez la fuerza de la turba nos apartó violentamente.

Tres muchachos sujetan con fuerza a mi hermano de los hombros y se lo llevan inmovilizado. Otros compañeros de curso son los encargados de retenerme.

En el baño de hombres, los muchachos abofetean a Rafael en la mejilla enrojecida hasta hacerla sangrar.

Yo no puedo defender a mi gemelo. Sometido de pies y manos, cierro los ojos con firmeza para no ver el espectáculo de su desdicha.

Pero siento las carcajadas.

Esas risas nunca las borraré de mi memoria.

Mi estrategia es inútil porque, mediante los golpes que recibo en el vientre, estoy obligado a abrir los párpados.

Aunque lo peor estaba por ocurrir.

La turba desviste a mi hermano y lo arrojan sobre las baldosas. Se ríen y lo apuntan con sus dedos de uñas descalcificadas. Lo escupen. Se masturban y arrojan su semen sobre el cuerpo de Rafael que, sin sus ropas, desde el suelo parece haberse vencido frente a la violencia.

Por último, los muchachos arrojan su orina sobre el cuerpo exangüe de mi hermano.

Me sueltan. El ritual ha finalizado y la jauría se aleja por los estrechos pasillos del colegio.

Ahora puedo acompañar a Rafael en su desamparo. Lo visto con cuidado y con mi lengua limpio su mejilla ensangrentada.

Mi hermano llora silenciosamente.

Ya dije que en el colegio somos mudos.

Cuando llegamos a casa, la mejilla de Rafael vuelve a sangrar. Ahora la herida la abre la mano de mi padre.

–Con los golpes aprenderán a defenderse –dice y sale de casa dando un portazo que aún hoy soy capaz de escuchar.

V

Mi padre decidió retirarnos del colegio.

A pesar de que sostenía que nosotros debíamos aprender a defendernos por nuestros propios medios, su parecer no era inquebrantable y ahora estaba prohibido ir al colegio. Incluso más, ahora también estaba prohibido salir de casa.

Rafael y yo no nos alejaríamos nunca. Juntos enfrentaríamos los peligros que, desde afuera, mi padre presentía como inevitables.

–¿Crees que sobreviviremos el uno sin el otro, Tobías?

–No lo sé, pero no tenemos más alternativa.

VI

Nos aburríamos sin la escuela.

Deambulábamos por la casa buscando algún quehacer en el cual ocupar nuestro tiempo, aunque sea por unos breves minutos; sin embargo, no encontrábamos ninguna actividad que realizar.

El mejor momento del día era cuando el agua se deslizaba por nuestros cuerpos. El agua todo lo limpia.

Una noche cuando Rafael, corriendo, abandonó la tina y mi padre le dio vuelta la cara con la respectiva bofetada, decidí hacer algo para que mi gemelo no recibiera un castigo tan severo. Entonces me zambullí en el agua y resolví quedarme así el tiempo suficiente como para llegar a la inconsciencia.

Mi estrategia, sin embargo, no perseveró.

Cuando mi padre entró en el baño, yo llevaba muy poco tiempo sumergido en el agua. La mano de papá agarró mi pelo y de un brusco empujón me sacó de la tina.

Esperé la bofetada, pero ésta nunca llegó.

Esa noche hice un tremendo esfuerzo para dormir. No lo logré. El cuerpo tibio de mi hermano parecía ser un obstáculo al sueño.

VII

Incesante nos acompaña la obsesión del reflejo.

Apenas mi padre salía a trabajar, con Rafael corríamos al baño de la casa y sacábamos el espejo de la pared. Lo llevábamos a nuestro dormitorio y nos quitábamos la ropa lentamente, con los ojos perdidos en ese rectángulo que nos devolvía, implacable, nuestra imagen duplicada.

Ensayábamos todo tipo de poses frente al espejo.

La mejilla enrojecida de mi gemelo indicaba que no éramos una singularidad.

No.

La excitación era máxima. Estábamos ensimismados con nuestras imágenes.

Durante el día todo era reflejo. Durante la noche todo era recuerdos y un aliento cálido en la nuca.

El espejo: la fuerza de la imagen en su perfecta duplicación.

Un día decidí quedarme vestido sólo con la polera y puse unos calcetines por debajo, entre la polera y mi pecho, imitando el busto de las muchachas. Rafael se rió mucho.

–Podríamos tener maquillaje y pintarnos como mujeres –dijo.

–Siempre he querido hacer algo así –contesté.

Justo cuando mi hermano imitaba los pechos de una mujer con un par de calcetines colocados bajo su polera, mi padre, silencioso, entra a la habitación y nos mira con asombro. Toma la cara de Rafael y le propina un cachetazo. La cara de mi hermano comienza a sangrar copiosamente.

Él nunca pone la otra mejilla.

No para los golpes.

VIII

Mi padre empotró el espejo en una pared del baño. Ahora intentar sacarlo es un esfuerzo inútil.

Ya no tenemos la fuerza de nuestra imagen duplicada.

Pero seguiremos explorándonos. Sólo así habremos cumplido nuestro propósito.

La vida acontecerá inmisericorde y debemos estar preparados para afrontar lo que vendrá.

Por ahora nos tenemos el uno al otro y eso nos basta. La soledad es algo que nunca acompañará mis días. Rafael siempre estará conmigo y cuando me falte buscaré su reflejo en lo más profundo del espejo.

Buscaré su reflejo en lo más hondo de mi mejilla.

IX

Durante la hora de comida, en nuestros cuerpos imperaba el silencio.

Mi padre miraba los noticiarios concentradamente. Apenas llegaba del trabajo, abatido, sólo atinaba a prender la televisión y mirar embobado la imagen que le devolvía aquel rectángulo oscuro.

Yo era el encargado de arreglar la mesa y servir los platos. Nuestra alimentación consistía en comida congelada que mi padre compraba en el supermercado. Todas las noches debía calentar esa comida y acomodarla en la mesa de la cocina sin emitir palabra y sin proferir el más mínimo sonido.

Aunque los platos humeantes me quemaran, no debía interrumpir las voces emitidas por la televisión.

Nuestro era el silencio.

Cuando la cuchara raspaba el plato, la mirada de aversión de mi padre era elocuente. Debíamos comer con extrema precaución.

Con Rafael sólo podíamos ver los noticiarios. Todos los demás programas estaban prohibidos por indeclinable decisión de mi padre y nosotros en eso éramos muy obedientes. Además, la televisión no nos atraía en lo más mínimo.

Cuando terminaban las noticias, debíamos bañarnos.

El agua helada contrarrestaba la abulia que nos ocasionaba la televisión.

Luego venía el golpe en la mejilla.

Algunas noches, con Rafael dormíamos abrazados.

X

Aturdidos: el calor nos asediaba cada día más.

El aire, el aire, nos faltaba el aire.

Un día Rafael cayó desmayado en medio del dormitorio. Su inconsciencia duró varios minutos.

Deslicé mi lengua por su mejilla amoratada para que volviera en sí, pero fue un esfuerzo inútil. Sólo se recompuso cuando el sol nos entregó una leve tregua y bajó, momentáneamente, la temperatura.

Las noches, por el contrario, eran muy heladas.

Yo lloraba antes de dormir.

Rafael lloraba de día. Lloraba mirando por la ventana.

Ninguno lloraba frente a papá.

Cuando mi gemelo lloraba, la herida de su mejilla parecía tornarse azulina.

Una vez mi hermano lloró durante la noche. Quizás fue una pesadilla, quizás fue un recuerdo, o quizás fue sólo una premonición.

Al amanecer, juntos escuchamos el trinar de los pájaros. Corrí la cortina y los finos rayos solares fragmentaron el espigado cuerpo de Rafael.

XI

Debo escribir ahora, cuando mi padre duerme y mi hermano descansa. Debo escribir ahora, antes que el exterior curve mi mano y la deje inutilizada. Debo escribir ahora, en medio de la oscuridad, para que así nadie se entere de mis días entregados al hastío. Debo escribir ahora, antes que la furia me inscriba de rojo la mejilla.

El aire, el aire. Por las noches me faltaba el aire.

Un rito, un gesto, una señal.

XII

–Debemos rasurarnos –señaló Rafael.

–¿Qué? –pregunté.

–Nos afeitaremos la cabeza –respondió mi hermano.

Sentí un repentino calor en las mejillas.

–¿Y por qué lo haremos?

–Por higiene.

–¿Le preguntaste a papá?

–Sí, él estuvo de acuerdo.

Mi gemelo bajó los hombros, dando por terminada la discusión.

Entramos al baño. Rafael llevaba la máquina eléctrica que papá utilizaba para cortarse el pelo. Yo cargaba una esponja, una navaja y un tubo de crema.

Mientras nos desvestíamos, fue imposible apartar nuestras miradas del espejo ahora empotrado.

El reflejo de nuestros cuerpos era conmovedor.

La fuerza de la imagen en su perfecta duplicación.

Una fina pelusa nos recubría por encima del labio superior. En el pubis, sobresalía otra pequeña brizna de vellos, pero éstos eran gruesos y ensortijados.

Cuando al fin estamos desnudos, Rafael prende la máquina eléctrica y la desliza sobre mi cabeza. El sonido es áspero y siento cómo las hojas afiladas van tironeándome el pelo. Mechones de cabello caen desmadejados sobre las baldosas. Los miro con incredulidad. Una vez que toda la superficie se encuentra cubierta sólo por una delgada pelusa negra, mi hermano toma la esponja y la humedece con la crema blanca que emana un olor

extraño. Refriega mi cabeza con la esponja y comienza a desplazar la navaja suavemente, hasta abarcar toda la extensión que se extiende desde la nuca hasta la frente, sin olvidar las patillas.

Quedé completamente calvo.

Ningún pelo cubriéndome el cráneo.

–Déjame que te afeite sobre el labio –dijo– También quiero rasurarte abajo –agregó.

–¿Tienes autorización de papá para hacerlo? –pregunté otra vez.

–Ya te dije que él estuvo de acuerdo por una cuestión de higiene –sentenció molesto.

Siento la hoja fría deslizarse por sobre mi labio superior. El olor de la espuma me hace lagrimear. Rafael repasa todos los contornos con una concentración que no le conocía.

Percibí su olor.

Mi hermano emanaba un olor primario, un olor singular que me hizo enrojecer.

Rafael advirtió mi excitación.

De pronto, sonrió y se arrodilló.

Enjabonó mi pubis con esmero. La navaja se sintió más fría que nunca. Comencé a temblar, una mezcla de excitación y miedo.

–No me cortes –supliqué.

–Descuida, soy muy delicado –contestó.

Ahora ya no tenía ningún pelo abajo, parecía un recién nacido. La carne desnuda brillaba en toda su extensión.

Era mi turno.

Repetí la operación tal como Rafael la realizó. Imité todos sus movimientos, incluso entrecerré los ojos de la misma forma como él lo hacía cuando se concentraba.

Nos duchamos largo rato para que no quedara rastro de los vellos y de la espuma. Para que no quedara rastro del ritual. Yo enjaboné su cuerpo, él enjabonó el mío.

El agua todo lo limpia.

Salimos corriendo de la ducha, desnudos y mojados.

Fuimos a nuestro dormitorio y nos secamos. Yo tomé la toalla y la deslicé por el cuerpo de Rafael. Me detuve largo rato en sus piernas y puse mi mano sobre sus muslos. Sus vellos se erizaron al contacto con mis dedos.

Cuando estábamos vestidos, sentimos que se abría la puerta de la casa.

Ese día supe que Rafael podía mentirme.

Los ojos de mi padre se nublaron cuando nos vio completamente calvos. Nunca lo había visto llorar.

No usó sus manos.

Mi padre coge una correa de cuero que cuelga en la puerta de la cocina y nos golpea ferozmente, marcándonos el cráneo de por vida. Ahora tenemos una línea roja grabada en la cabeza.

Rafael comienza a sangrar de su mejilla. Mi padre prende la televisión para ver los noticiarios.

XIII

Una noche tuve un sueño inquietante.

Con Rafael nos habíamos escapado de la casa por el patio. Tras la bodega hay una cerca que colinda con el callejón.

Sin embargo, no sabíamos adónde ir. Nuestra intención era correr lejos hasta llegar a un baldío, pero preferimos caminar para no levantar sospechas.

Mi hermano se veía asustado, después de lo que vivimos en el colegio, su resistencia a lo desconocido se mermó hasta casi extinguirse.

No nos agradó el exterior. Si eso era el afuera, preferíamos el encierro.

Desperté sudoroso y agitado. Intenté conciliar el sueño pero fue en vano, permanecí despierto hasta que amaneció.

XIV

No éramos prisioneros. No.

Estaba estrictamente prohibido salir de casa, pero si queríamos podíamos hacerlo. A pesar de que mi padre nos dejaba encerrados con llave, podíamos escapar por la ventana, por el patio o por la bodega. Las oportunidades eran múltiples y sólo bastaba nuestra determinación.

Pero no lo hicimos.

Y no se debía a la obediencia ciega, a la obediencia cerril que había impuesto mi padre con su mano y la correa de cuero. Tampoco era por el calor sofocante del día y el frío inclemente de la noche. No se debía ni al miedo que nos produjo la violencia de la turba en el colegio, ni al embobamiento de los noticiarios.

Ni siquiera se debía a la desconfianza que ahora sentía por Rafael.

Nunca escapamos porque nuestros cuerpos no soportarían la separación.

La casa es nuestro refugio. Sólo debemos evitar la mirada de mi padre.

Una mirada se puede evitar. En el exterior las miradas de multiplican con una fuerza arrolladora.

XV

Mi cuerpo ha adquirido una tonalidad verdosa.

La piel se me ha escamado. Los ojos se me están achicando cada día más. Las piernas se me han debilitado de forma elocuente.

Intento protegerme dosificando la escasa energía de que dispongo.

El día acecha abrazador, la transpiración incesante me enturbia la mirada. La noche, en cambio, congela las voces y sólo sobrevivo gracias el cuerpo de mi hermano. Si él no existiera, ya me habría muerto.

El aire, el aire, me faltaba el aire.

Mi cuerpo ha ido adquiriendo una tonalidad verdosa que a esta altura ya le es connatural.

XVI

La comida congelada, que mi padre compra en el supermercado, me ha producido una gastritis crónica.

Cada día apenas pruebo bocado, ingiero sólo lo suficiente para mi subsistencia. Debo moderarme en extremo para no caer en cama; si eso sucediera, dudo que me pueda levantar.

Mi gastritis se manifiesta con un dolor repentino en la boca del estómago y debo salir apresurado al baño.

Los intestinos se desalojan en pequeños cascajos de excremento marrón.

A veces también defeco sangre.

XVII

Rafael encontró una botella de aguardiente escondida en un cajón de la cocina.

Se empinó un sorbo prolongado y unas cuantas gotas quedaron bailando en su barbilla. Deslicé mi lengua por su mentón y sentí arder mi boca.

Nos bebimos toda la botella.

El calor del alcohol produjo un sopor aún más abúlico que el que nos originaban los noticiarios.

En el fondo de la taza del baño flotaron los restos de comida que, exhaustos, expulsamos desde nuestros estómagos. Dijimos que nunca más nos entregaríamos al fragor del alcohol y quisimos cumplir nuestra palabra.

Pero fue inútil.

Todos los días aparecía una nueva botella en el mueble de la cocina. La tomábamos del gollete y la intercambiábamos. Cada uno debía esperar su turno.

Después, los vómitos explosivos se convirtieron en un ritual.

Al anochecer, cuando llegaba mi padre, estábamos algo más repuestos, aunque en la garganta aún existía el ardor del alcohol.

Nos entregamos al aguardiente como antes nuestros cuerpos se entregaron el uno al otro.

Silenciosos mirábamos los noticiarios.

–¿Qué será el bien común? –le pregunté a Rafael un día, antes de dormir.

–El aguardiente –contestó.

Giré sobre mi cuerpo dándole la espalda. Al rato, Rafael roncaba.

Debía recuperar a mi gemelo.

XVIII

Una noche, mientras nos bañábamos, contemplé la cicatriz que Rafael lucía en su cabeza. La línea roja se extendía desde la nuca hasta la frente. En el dormitorio, mi hermano se durmió al instante, pero despertó a medianoche con un grito.

XIX

Mi padre estuvo preso, hace muchos años.

Nunca he entendido por qué mira los noticiarios con tanto interés y por qué nos aísla del mundo dejándonos a merced del hastío.

Acaríciame la mejilla, papá. Esa mejilla que me has hecho sangrar de forma indecorosa.

Quizás no sobreviviste y esto es sólo una prefiguración.

XX

Los helicópteros no me dejan dormir. Sus motores rugen interrumpiendo el silencio de la noche.

Mi escasa resistencia al ruido me ha ocasionado un insomnio crónico que se ha acentuado con el vuelo de los helicópteros que, rasantes, buscan desesperadamente algún motivo que justifique su existencia.

Extraviado en el sueño inconcluso, abro lo cortina y miro cómo dos helicópteros surcan lentamente el cielo oscuro. Un haz de luz emana de cada helicóptero y alumbra, en un círculo concéntrico, una superficie que se amplia gradualmente hasta llegar al suelo.

De pronto, los helicópteros bajan aún más su velocidad y quedan suspendidos en el aire. Disparan su haz luz hacia todas direcciones. Los perros aúllan asustados y enceguecidos. Los helicópteros iluminan todo rincón de oscuridad y la noche, ahora estroboscópica, se sucede en cámara lenta.

Mi hermano y mi padre duermen. Ni siquiera los helicópteros interfieren su descanso.

No puedo pensar en otra cosa que no sean esos vuelos rasantes y esas luces rojas y luego amarillas que cartografían la noche. No puedo dejar de mirar esos helicópteros que, estancados en el aire, parecieran traspasar mi cuerpo para mirarlo al trasluz.

La resistencia se agota.

Como si esas luces fueran rayos X que escudriñan mi carne buscando algún indicio que me incrimine.

Dormir se hace cada vez más confuso. Enrollo la almohada sobre mi cabeza y aún así las sienes me palpitan con el rugido de los motores.

Me desespero.

El aire, el aire, me faltaba el aire con las luces y el ruido ensordecedor de los helicópteros.

Ensalivo mi mano y la deslizo por la mejilla enrojecida de Rafael. Mi hermano despierta.

–¿Oyes los helicópteros? –pregunto.

– Mañana tapiaremos las ventanas, haremos de la casa un búnker –contesta.

Miré fijamente el helicóptero y sentí la luz en mis ojos. Los cerré al instante y cuando creí que había transcurrido un tiempo suficiente, los abrí cuidadoso.

Ahora sí que me faltaba el aire.

XXI

Nos había crecido el pelo y las cicatrices que nos produjo la correa de cuero eran imperceptibles. Nos creció el pelo con una rapidez pasmosa. Hasta los hombros nos llegaban los mechones oscuros y levemente ensortijados.

Rafael decidió ocultarse la mejilla con una mata de pelo. Su herida crónica ya casi no se notaba.

Cuando papá descubrió el ardid que mi hermano realizó para ocultar su mejilla, decidió cortarnos el cabello. Raparnos hasta la calvicie.

Papá nos dejó el cráneo desnudo y desde ese día decidió que así lo usaríamos por el resto de nuestra existencia.

También nos afeitó la cara. El pubis lo dejó intacto.

Quise desesperadamente tener el pelo largo y me imaginé frente al espejo con una cabellera poblada.

Mi padre nos afeitaba una vez al mes.

Los meses se sucedían idénticos hasta que un día perdí la cuenta de las veces en que papá nos atacaba con su navaja.

XXII

Tapiamos las ventanas para que, durante la noche, no nos afectaran las luces vigilantes de los helicópteros.

Tomamos unas tablas del patio y las martillamos frente a cada indicio que pudiera comunicarnos con el exterior.

La casa quedó en completa oscuridad. La luz artificial se convirtió en una preciada necesidad, pero decidimos no ocuparla durante el día, sólo la utilizábamos cuando llegaba papá.

Ya no escuchábamos el rugido de los helicópteros, ni el ladrido de los perros, ni las redadas que la policía realizaba cada cierto tiempo en el barrio. Nuestra casa se transformó en un refugio irreductible.

Fue entonces cuando comenzaron nuestros juegos más agresivos.

La penumbra desarrolló en nosotros un vigor que hasta entonces desconocía.

Apenas escuchaba un respiro, me abalanzaba sobre el cuerpo de Rafael y le tapaba la boca.

Rafael realizaba el mismo ejercicio conmigo.

Nuestros juegos consistían en encontrarnos desprevenidos y atacar con ferocidad el cuerpo del oponente.

El cuerpo gemelo.

Prácticamente el cuerpo duplicado. Prácticamente el mismo cuerpo.

Recuerdo esos días como los más placenteros de mi existencia. El peligro acechaba en cada rincón de la casa.

Sin embargo, después de una semana, caímos en la desidia.

Por un momento creí que el ruido de los helicópteros me ayudaría a soportar la espesa atmósfera que inundaba nuestro hogar.

XXIII

Me había brotado un grano en la espalda.

Comenzó como un lunar pequeño pero, poco a poco, casi imperceptiblemente, fue engrosándose, ampliando la superficie que ocupaba en mi piel.

Creció hasta convertirse en un quiste irregular en su contorno y de color azulino oscuro y a veces rojizo. Me ardía y cuando me rascaba comenzaba a sangrar.

Cada vez que sangraba, el grano parecía dilatarse, parecía que aumentaba de volumen y cambiaba de forma.

El quiste no me dejaba dormir y me obligaba a colocarme en posición fetal. Sólo así lograba conciliar el sueño durante breves minutos y digo breves porque únicamente descansaba hasta el momento en que mi espalda rozaba la sábana, entonces despertaba al instante.

Esta situación se prolongaba durante toda la noche.

Manchaba mi ropa con sangre. Manchaba las sábanas con sangre. Manchaba mis manos con sangre y el grano, obtuso, seguía creciendo asimétrico en mi espalda.

Apenas entraba al baño, prendía la luz y me sacaba toda la ropa. Miraba el nódulo en mi espalda y comenzaba a manipularlo. Quería que desapareciera, pero mi propósito no se lograba pues mientras más lo apretaba, el quiste más se hinchaba. Una vez logré vaciar un fluido blanco, de olor nauseabundo, dejando la piel herida pero ya desprovista de todo material. Duró sólo una tarde, al otro día el grano había vuelto a engrosarse y ocupaba un área considerable en mi espalda.

Mi padre parecía haber perdido la constancia mirando los noticiarios de televisión.

El aire, el aire, me faltaba el aire y ahora me faltaba la sangre.

Me acostumbré a vivir con el quiste, pero debía recuperar a mi hermano. Era imperioso que volviera a mí. Me abocaría a ello con una tenacidad totalmente desconocida.

XXIV

Miro mi mejilla en el espejo.

Mi mejilla habla por los días entregados al encierro.

Tobías, mi hermano, quiere hacer desaparecer mi herida y restaurar un orden que nunca existió. Su espalda ahora es elocuente y su sangre se hermana con la mía y con los golpes de mi padre. Tobías duerme mal. Tobías come mal. Tobías aún cree que hay esperanza para nosotros. Tobías mira la ventana tapiada imaginando que afuera alguien nos recuerda.

No obstante, agradezco sus ocupaciones e intento congraciarme con él de un modo u otro.

El aire, el aire, a mí también me faltaba el aire.

XXV

Decidimos, durante el día, prender todas las luces de la casa. Nuestros ojos, acostumbrados a la penumbra, lagrimeaban cada cierto tiempo en su afán por abarcar hasta el último rincón de la vivienda.

Mi espalda sangraba producto del quiste.

La sangre llama a la sangre, le dije a Rafael mientras él me entregaba una navaja.

Caminamos hacia el baño.

Otra vez nuestro reflejo.

Empuñé el cuchillo y lo deslicé cuidadoso por su muslo derecho. La piel de mi hermano se erizó en contacto con el metal frío. Le hice cinco cortes. Hilos de sangre transitaban desde el muslo de Rafael hasta las baldosas frías. Mi hermano, con los ojos cerrados, no miraba la indolencia de su sangre, parecía concentrado en captar hasta la última sensación prodigada por la carne abierta.

Luego, unté sus heridas con saliva durante largo rato. Con mi lengua limpié cada surco creado por el metal afilado.

Lo lamí como los gatos.

Rafael despertó de su letargo y tomó el cuchillo.

Sentí la navaja deslizarse en círculos por mis tetillas. Primero la derecha y luego la izquierda. Se hincharon al instante, endureciéndose y desplegándose sensitivas. Cerré los ojos con determinación. Percibí el crujido de la carne abriéndose, pero no hubo ningún atisbo de dolor. Mi hermano era presto con la navaja. La sangre, expulsada mediante pequeños borbotones, proporcio-

naba una quietud cálida, una paz resignaba, un placer inexplicable. Abrí los ojos y la belleza de la imagen me sobrecogió: tres surcos rojos se extendían de lado a lado. Froté la sangre con mis manos y la esparcí por la cara de Rafael. Ahora sus dos mejillas eran mías.

Nos quedamos en el baño durante largo rato, mirándonos en el espejo.

Debíamos acostumbrarnos a las cicatrices y sólo por eso nos untábamos con saliva todas las noches, antes de acostarnos, como un ritual. Mi lengua en el muslo de Rafael. La saliva de Rafael deslizándose sobre mi pecho.

XXVI

Mi padre decidió no bañarnos más.

Recibimos la medida con la certeza de que su vigilancia fuera disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer. Pero fue sólo una ilusión y durante los noticiarios, con Rafael, intentamos entablar algún tipo de conversación, pero papá se negaba tajante, enseñándonos sus manos y la correa de cuero que colgaba en la puerta de la cocina.

Apenas despertábamos, con mi hermano nos dirigíamos al baño. Largo rato nos quedábamos en la tina. Cerrábamos los ojos y tratábamos de escuchar los ruidos de la ciudad.

Ahora salíamos corriendo del baño.

Ya nadie golpeaba a Rafael por hacer eso.

La mejilla de mi hermano comenzó a mejorar. El quiste de mi espalda también dejó de sangrar.

Pero la luz era enceguecedora y la fuerza de los noticiarios se desplegó con un poderío asombroso. Mi padre, antes de irse a trabajar, sintonizaba un canal de noticias y nos señalaba que debíamos verlo con atención. Durante los primeros días así lo hicimos y quedamos exhaustos y narcotizados. Luego de un tiempo, apenas papá se marchaba a trabajar, apagábamos la televisión y cinco minutos antes de que él regresara, la volvíamos a encender; después comíamos silenciosos, nosotros evitando la pantalla, mi padre con los ojos perdidos en ella.

Rutina: comida congelada y silencio.

Me faltaba el aire cuando mi padre me obligaba ver los noticiarios.

XXVII

No sé qué edad tengo.

Camino inquieto por el patio de mi casa. Me tiendo a la sombra de un cerezo mientras el sudor se acumula en mi espalda. Hojeo un diario viejo encontrado en la cocina. Mojo mi dedo con saliva y voy despegando las páginas despacio, muy despacio.

Un calor sofocante me aturde bajo el árbol tupido.

De pronto, decido buscar un refugio para soportar este verano inclemente. Me dirijo hacia la bodega. Adentro la visibilidad es mínima. Sólo distingo un par de finos rayos solares que ingresan por las ranuras que separan los tablones.

Percibo una respiración agitada.

Es un jadeo conocido.

Estoy a tientas. No distingo en derredor. La tierra cruje. El calor aumenta. Mi polera se pega en la espalda. Contemplo la oscuridad y retengo la respiración en la pieza oscura.

Impaciente, noto que mis axilas sudan y el aire se hace cada vez más espeso.

La mano de Rafael me cubre la boca.

XXVIII

Por las noches, mi padre enterraba a sus muertos.
En esta historia nadie cura su ceguera.
Por las noches, mi padre enterraba a sus muertos.

Segunda Parte

Nieve

Todos aquellos cadáveres pavorosos
de los sueños que se nos pudrieron para siempre.

Enrique Giordano. *El mapa de Ámsterdam.*

La mano repite el castigo. Ensayábamos poses frente al espejo. Un golpe marcó mi cráneo.
Mi mejilla es tuya.
El viento.
Congelé la distancia en tus ojos.
Espejo es tu mirada. Espejismo tu cuerpo.
Imagina otro estallido.
Allá lejos la ciudad.
Imagina un cuerpo.
Un cuerpo otro.
Casi el mismo cuerpo.
La muerte existió.
No existió.
Me faltaba el aire cuando me acoplé con la muerte.

I

Mi padre decidió llevarnos a vivir al campo.

Creyó que allí podríamos estar más protegidos. Creyó que los helicópteros no serían capaces de encontrarnos en un lugar tan lejano.

Él se quedó en la ciudad como trabajador asalariado, ganándose el sustento para así poder mantenernos relegados en el campo.

Viajamos durante toda la noche para que nadie nos viera. Viajamos durante toda la noche para que no supiéramos dónde quedaba el lugar exacto en que estaríamos confinados.

En el auto, trataba de reconocer el camino, pero era imposible. La autopista que ocupó mi padre era absolutamente desconocida para mí y no podía leer los letreros debido a la velocidad que alcanzaba el vehículo. En realidad, con Rafael, nunca salimos de casa y nunca aprendimos a leer. Nuestro paso por la escuela fue lo más lejano que estuvimos de las letras.

II

Ahora mi padre verá los noticiarios en la ciudad y trabajará todo el día en horarios extenuantes. No tendrá descanso y su lucha será establecer un orden inexistente llevándonos a vivir a la vastedad del bosque.

Con nosotros bien lejos, será fácil para él adecuarse a las nuevas condiciones laborales. Nosotros sólo éramos una carga para su ya pesada existencia.

Mi padre decidió llevarnos a vivir al campo y ahora los árboles me parecen una celda. Mi padre trabajará veinticuatro horas continuadas y ya no tendrá tiempo para nosotros. Ni para nosotros ni para nadie, mucho menos para él.

Somos sólo dos gemelos en la vastedad del bosque.

La eternidad, para nosotros, se acaba con los árboles y la lluvia.

III

Llegamos a un viejo caserón oscuro y helado perdido entre las montañas.

Mi padre abrió la puerta de enfrente y dejó nuestras escasas pertenencias en la entrada. Antes de marcharse, se despidió de Rafael con un beso en la frente y de mí con un beso en la mejilla.

Nunca más lo veríamos.

La casa cruje durante el día, aunque pareciera ser que en las noches se aprecian más nítidamente los chirridos de la madera.

Cada movimiento es acompañado por el sonido de las tablas resquebrajándose. El piso presenta agujeros debido al paso del tiempo.

Con Rafael decidimos estar la mayor parte del día en el ático porque en ese lugar el frío es soportable. En el primer piso, en cambio, el viento ingresa por todas las rendijas que circundan a las puertas y ventanas.

Pasamos gran parte del tiempo recostados en una frazada mirando, a través del vidrio, la lluvia que cae pesada sobre los árboles.

Rafael duerme mucho. Pero su sueño es inquieto, molesto, intranquilo; es un sueño interrumpido por el silbido del viento y por el ruido de las hojas golpeando las ventanas.

A veces caen granizos. Cuando eso sucede, el sonido es ensordecedor y debemos guarecernos bajo de las mantas. Sólo así logramos calmarnos.

Si hay truenos, nos abrazamos fuertemente para confrontar nuestros miedos con el cuerpo del otro.

Casi el mismo cuerpo.

Mi padre nos dejó en una casa oscura y fría. Nosotros debemos sobrevivir escuchando el crujido de la madera. Debemos sobrevivir soportando el frío del invierno. Debemos sobrevivir soportando la tormenta que arremete con su ruido infernal.

Antes pensaba que el agua todo lo limpia. Ahora la lluvia me parece una penitencia.

Me faltaba el aire cuando miraba caer la lluvia sobre la ventana mientras Rafael dormía.

IV

Una rama se estrelló contra la ventana del primer piso. Dejó un boquete por donde ingresaba, de forma copiosa, el agua de lluvia.

Con el forado en la ventana, el primer piso quedó completamente inutilizado.

Al día siguiente, el aguacero nos otorgó una tregua y decidimos salir a caminar por el campo. Los senderos estaban recubiertos por una espesa capa de barro. Los árboles, desnudos, se elevaban rugosos y afilados.

Nos sentamos sobre un viejo tronco y contemplamos el cielo nuboso. De pronto, comenzó a nevar y entonces tuvimos que volver a casa.

Tapiamos la ventana del primer piso, tal como antes lo habíamos hecho en la ciudad. Sin embargo, ahora lo hacíamos para protegernos de la nieve y de la lluvia.

Pensamos que así estaríamos resguardados.

Pero nos equivocamos. Nevó incansablemente durante toda una semana y las tablas, con las que recubrimos el vidrio, se cayeron debido al peso del agua congelada.

Ahora la nieve entraba por el forado de la ventana. Pronto nos dimos cuenta de que, si seguía nevando, estaríamos completamente aislados.

Y eso fue lo que sucedió.

Nevó de forma tan abundante que el vidrio del ático también fue alcanzado por la nieve.

Toda la casa estaba a oscuras.

No había luz eléctrica.

El aire, el aire, el aire. Me faltaba el aire cuando la

nieve ascendía por la escalera.

Una noche desperté agitado. Había escuchado el rugido de los helicópteros.

V

Tobías mira la ventana del ático mientras yo me hago el dormido. Tobías mira como la nieve ha sellado el vidrio dejando la casa en completa oscuridad.

Creo que mi hermano piensa que aún existe algún devenir para nosotros allá afuera.

Mi hermano cree que podemos volver a la ciudad y restituir una existencia truncada.

Antes de que comenzara la tormenta, encontré una radio a pilas dentro de un baúl polvoriento, acá en el ático. Nunca la encendí y nunca le conté a Tobías lo que había descubierto. Pero ahora que la nieve se nos acercaba peligrosamente, decidí prenderla mientras mi hermano dormía y entonces aparecieron en el dial voces acezantes que se entremezclaban con el ruido de la estática. Tobías se despertó y me golpeó el hombro, preguntándome de dónde provenían esas voces, le expliqué que había encontrado la radio días atrás, dentro del baúl. Advertí, por el color de su voz, que estaba molesto porque no le mencioné mi hallazgo.

–Busca noticias –dijo.

–¿Para qué? –pregunté.

–Para averiguar si continúa el temporal –señaló.

Efectivamente encontramos una emisora que entregaba informativos cada una hora. A pesar de nuestra desconfianza hacia los noticiarios, supimos que la tormenta arreciaría durante varios días más. Fue en ese momento cuando decidimos retirar la nieve que ascendía por la escalera. Como no teníamos palas o herramientas ade-

cuadas, barrimos la nieve con nuestras manos hasta que éstas se tornaron de un color azulino.

–¿Te sangra la espalda? –le pregunté a Tobías.

–Todo el tiempo –contestó.

El quiste de la espalda de mi hermano se había infectado y no dejaba de manar sangre mientras, en plena oscuridad, barríamos la nieve con las manos.

VI

El temporal estaba en pleno apogeo.

Las cicatrices de nuestras cabezas ya no eran visibles. El pelo nos creció y la mejilla de Rafael parecía estar sana.

Pero ahora nuestras manos se encontraban exhaustas y ateridas, casi congeladas de tanto sacar la nieve de la escalera.

Nos faltaba el aire.

Es que el cansancio y el miedo se multiplicaban, a pesar de que aún no escuchábamos el ruido de los helicópteros.

Habíamos perdido la constancia de nuestra carne y ésta se nos presentaba como una valla infranqueable que, día a día, nos costaba más recuperar. Yo pensaba que era un deber reconquistar la memoria de la carne ahora que vivíamos solos. Pero eso parecía imposible.

Antes, en la ciudad, nuestros encuentros eran una excusa para validar una autonomía sólo presente en nuestra imaginación.

Un día le dije a Rafael que debíamos retomar nuestra rutina. No me dijo nada. Al día siguiente volví a la carga y Rafael me miró como si no hubiera entendido mis intenciones, señalando que todo eso había quedado atrás, todo eso era parte de una práctica que sólo en la ciudad se justificaba, en el bosque, nada de eso era posible.

–Ahora, incluso podríamos morir congelados –señaló.

Me reí.

En la mañana, por la radio, escuchamos que el temporal se iba a calmar durante unos pocos días.

Debíamos despejar la escalera.

VII

Lentamente la fuerza de la tormenta fue disminuyendo hasta extinguirse por completo. La oscuridad fue disipándose a medida que la montaña blanca se deshacía poco a poco. Ahora en la casa reinaba el silencio.

La luz no nos encegueció. Su irrupción fue gradual y esperada.

Sin embargo, la radio anunciaba pocos días de tregua. El temporal volvería a arreciar aún con más fuerza que antes.

Debíamos trabajar. Despejar la escalera nos llevó tres días. Cuando terminamos, caímos exhaustos y nos dormimos de inmediato.

Abandonamos el ático. Sabíamos que no era definitivo.

El primer piso estaba inutilizable, la nieve se derretía regando de humedad todos los rincones.

La casa ya no crujía. El agua se pegaba a la madera y la silenciaba.

De ahora en adelante debíamos fraccionar nuestra alimentación. Una comida diaria era lo máximo que podíamos ingerir.

Guardamos abundante nieve en cubetas para tener agua disponible en el futuro. Las dejamos en el ático, justo al lado de la radio a pilas.

VIII

Salimos a buscar leña. Fue idea de Rafael. Antes, le había señalado que no sacábamos nada, era un esfuerzo inútil ya que las ramas que íbamos a recolectar estaban impregnadas de agua y prenderlas sería una labor casi imposible. Rafael me contestó que aún así, debíamos intentarlo.

Caminamos cerca de una hora hasta que encontramos unas ramas tiradas bajo un tupido árbol. Esas ramas estaban casi secas. Pero no fuimos capaces de llevarlas todas. Nuestros brazos no eran tan fuertes. No obstante, ya sabíamos donde estaban, otro día recogeríamos las faltantes.

El regreso a casa fue arduo.

Anduvimos caminado en círculos durante más de tres horas hasta que tuvimos que reconocer que nos habíamos perdido. La blancura de la nieve había grabado nuestras huellas, pero éstas se derretían más rápido de lo que nosotros creíamos.

Ahora sólo veíamos parajes blancos.

Al oscurecer, le dije a Rafael que debíamos buscar un refugio para soportar la noche. Ya no nos interesaba encontrar la casa, sólo pensábamos en sobrevivir. Sabíamos que la tormenta volvería en cualquier momento y nosotros, perdidos en el bosque, no teníamos donde protegernos.

Decidimos construir un refugio y con nuestras manos moldeamos la nieve hasta darle una forma circular. También utilizamos ramas.

Fue nuestra trinchera.

Durante la noche, la temperatura disminuía considerablemente, de modo que la nieve no se iba a derretir. Podríamos dormir tranquilos en nuestro refugio.

Nos sacamos la ropa y la expandimos sobre el suelo.

Finalmente, nos quedamos dormidos.

IX

Desperté con una gota de agua cayendo sobre mi nariz. Nuestro refugio se derretía y debíamos abandonarlo cuanto antes.

Caminamos durante todo el día. Al anochecer, ya había perdido la esperanza de encontrar la casa y me aprestaba a construir otro refugio de nieve cuando, en lontananza, reconocimos la ventana del ático.

Nos abrazamos de felicidad.

En realidad, Rafael era el que estaba feliz.

A esa altura yo ya me había echo la idea de dormir otra vez a la intemperie, protegido sólo por nieve y ramas.

Rafael se mostraba hostil en la casa. No me prestaba mayor atención y se ocupaba por completo a la radio a pilas.

Volvimos a tapiar la ventana del primer piso pero la humedad aún estaba allí. Creo que nunca podremos sacarnos la humedad de encima.

Por la radio, anunciaron que se aprestaba otro temporal.

Con las escasas provisiones que quedaban nos fuimos al ático, ahora sí definitivamente. No sabíamos cuanto tiempo estaríamos en ese lugar, pero sospechábamos que iba a ser bastante.

Supusimos que estábamos preparados para lo que vendría.

Pero nos equivocamos.

A lo lejos, las nubes grises se acercaban más y más. Rafael hizo fuego en el ático.

Las brasas iluminaban todo el cuarto. Pero la humedad aún estaba allí.

Creo que nunca podremos sacarnos la humedad de encima.

X

Caliento mis manos en el fuego mientras Tobías mira por la ventana. Recién ha comenzado a llover y en cosa de minutos la nieve arreciará en toda su magnitud.

El viento silba y arrastra las ramas de los árboles.

No hay lugar para nosotros allá afuera. La temporada de lluvias se ha prolongado demasiado tiempo y los pocos víveres que nos quedan alcanzan sólo para unos pocos días.

Nos calentamos con el fuego.

Antes, en la ciudad, el cuerpo del otro, prácticamente el mismo cuerpo, era el lugar desde donde combatíamos la rabia. Ahora, más que perder el ansia, hemos postergado el odio mirando por la ventana. Hemos postergado el odio mirando los árboles desnudos. Hemos postergado el odio mirando el bosque y la nieve.

La radio informa sobre la tormenta. Es uno de los inviernos más crudos de la historia.

Tobías duerme. Papá trabaja horarios extenuantes. Miro por la ventana y mi cuerpo es sólo un espejismo.

En la ciudad, los indigentes mueren congelados.

Miro por la ventana y mi cuerpo es sólo un espejismo.

Nos faltaba el aire soportando la vastedad del bosque. Aún no hemos escuchado el ruido de los helicópteros. Si eso sucediera, será sólo cuestión de horas.

La escuela me parece tan lejana. Extraño los pasillos del colegio, antes que la turba nos atacara con su ferocidad.

En la ciudad, los indigentes mueren congelados.

XI

La nieve ha cubierto la ventana del ático.

Otra vez la oscuridad. La oscuridad producida por la montaña blanca.

Poco a poco la nieve ira ascendiendo por la escalera hasta finalmente alcanzarnos. Debemos trabajar y sacar la nieve con nuestras manos. No nos queda otra opción.

Rafael tiene la radio pegada en su oreja y, abstraído en las voces del dial, me ignora por completo.

Percibo su respiración agitada desde la oscuridad.

Me acerco sigiloso hacia su cuerpo y justo antes que mi mano lo toque, siento un arañazo en mi mejilla derecha.

Comienzo a sangrar copiosamente. La sangre me entibia la cara.

No soy capaz de devolver el golpe. Camino jadeante hacia una esquina del ático.

Desde ahora, Rafael y yo estaremos cada uno en un rincón, lo más lejos posible del otro. A pesar de que debemos compartir los víveres, nuestra relación desaparecerá en medio de la tormenta de nieve.

Rafael en un rincón, yo en el otro, el fuego justo en medio de los dos.

El recuerdo de la escuela me parece tan lejano. Las poses frente al espejo me parecen tan lejanas.

El aire, el aire, el aire. Me faltaba el aire cuando Rafael me golpeó en la mejilla.

En la ciudad, los indigentes mueren congelados.

XII

Mi hermano divide el pan en dos mitades. Se come una y la otra la deja en mi rincón. Aún somnoliento, agarro el pan y me lo como despacio para no satisfacerme tan pronto. Es el último pan de la bolsa.

El fuego también parece extinguirse. Rafael sólo lo atiza con pequeñas ramas. La leña se nos termina y con el temporal, es imposible salir a recolectar más.

Han pasado varios días y no hemos cruzado palabra. Yo duermo tendido bajo la ventana y mi hermano escucha la radio. El fuego, justo en medio de los dos, se apaga despacio.

Estamos tan lejanos como aquel día en que nos rasuramos todo el cuerpo y recibimos el castigo de papá.

Mi padre debe estar trabajando a esta hora. Con las extenuantes jornadas laborales que debe realizar, es posible que no sienta el frío. Sólo cuando despierta percibe que los pies, amoratados, ya no le pertenecen.

El frío nos tiene inmovilizados.

Me sangra la espalda y la mejilla. La espalda por un quiste maligno y la mejilla por la furia de Rafael.

Pronto debemos hablar. Es preciso saber qué haremos cuando el fuego se apague de forma definitiva.

XIII

Rafael ronca. A pesar de que tiene la radio pegada en su oreja, el sueño es más poderoso que el exterior.

El viento silba y se confunde con los ronquidos de mi hermano.

No logro conciliar el sueño con el bullicio de Rafael y con el ventarrón de afuera.

Si el fuego se consume, estaremos en oscuridad total. La nieve, ascendiendo por la escalera, parece que va a alcanzarnos.

Los ronquidos de Rafael son ahora estentóreos.

Mi hermano comienza a toser. Creo que se ahoga con el humo del fuego. Decido tomar una cubeta de agua y me acerco a las llamas. Pero, justo antes de apagarlo, siento un hilo de voz tras de mí.

–No lo apagues, no quiero morir congelado –masculla Rafael.

–Como tú digas –respondo.

Dejo la cubeta en su lugar y me apresto a dormir. Sin embargo, desde mi rincón, es imposible conciliar el sueño.

Rafael deja de toser, pero sigue roncando sonoramente. El fuego se extingue, ya casi no reconozco mis manos.

Ojalá la tos de mi hermano sea sólo pasajera.

El aire, el aire, el aire. A mi hermano le faltaba el aire y yo siento que los helicópteros nos rastrean.

XIV

La tos de Rafael se acrecentó durante la noche. El silbido de su pecho era ensordecedor.

Caliento agua en el fuego y se la doy despacio. Mi hermano suda abundantemente. Suda como nunca lo había visto sudar antes. Le tiemblan las manos y la barbilla cada vez que le acerco el jarro con agua caliente.

La radio, arrumbada en un rincón, sólo emite estática.

Los accesos de tos son cada vez más frecuentes. Ni Rafael ni yo podemos dormir.

La humedad del ático es la culpable de la enfermedad de mi hermano. Debo retirar la nieve. Despejar la escalera es un trabajo difícil. Siento todo el cuerpo congelado. Ahora temo enfermarme yo.

El frío y el hambre nos cercan.

Ansío un sorbo de aguardiente.

Mi espalda y mi mejilla sangran. Las siluetas del espejo eran tan sólo una ilusión.

Nunca fui al colegio.

Los tarros vacíos se acumulan bajo la ventana del ático.

Mañana seguiré sacando la nieve de la escalera. Mi hermano no debe morir. Mi hermano no puede morir.

O quizás ya murió y su mirada es un espejismo forjado para calmar mi angustia.

El aire, el aire, el aire. A mi gemelo le faltaba el aire y yo siento cada vez más cerca el vuelo rasante de los helicópteros.

XV

Mi frente y mi pecho se encuentran mojados.

Tobías intenta dormir. Es necesario que lo haga, debe recuperar sus energías. Me ha cuidado incansablemente durante toda la noche y debe ser capaz de seguirme cuidando.

Escucho un crujido en mis costillas. Las costillas ya casi no me responden. Trágicas se hunden en mi pecho.

Los pies se me han debilitado, apenas los siento. Intento mover los dedos y no obtengo respuesta.

El ruido de los helicópteros me golpea la cabeza. Mi pelo largo cubre la mejilla enrojecida.

Cuando Tobías se acercó, no pude reprimir el bofetón. Ahora tiene rabia y me cuida en la enfermedad. Me cuida en la agonía.

Tobías tiene rabia y su mejilla sangra. Tobías tiene rabia y su mejilla ahora es la mía.

También me sangra la espalda, el quiste crece cada día más.

En la ciudad, papá trabaja horarios extenuantes.

El fuego se consume y ya no alumbra ni calienta. Miro por la ventana obstruida y mi cuerpo es sólo un espejismo.

En la ciudad, los indigentes mueren congelados.

El aire, el aire, el aire. Me falta el aire en los pulmones y el ruido de los helicópteros me sacude la cabeza.

El recuerdo de la turba en la escuela me persigue hasta en la agonía.

Moriré asfixiado.

XVI

Sin embargo, nunca fui al colegio.

Los tarros vacíos se acumulan bajo la ventana.

Nunca fuimos al colegio.

Mi padre trabaja horarios extenuantes en la ciudad y yo cuido a mi hermano en su padecimiento. Cuido a mi hermano en su ocaso.

La nieve casi nos ha alcanzado. Todos los días intento, con desesperación, despejar la escalera, pero mis manos no pueden solas, necesitan de Rafael.

Mi hermano es un espejismo y su enfermedad es la mía.

Nunca fuimos al colegio.

Papá desataba su furia con la correa de cuero. Papá nos marcó el cráneo de por vida. Papá es una prefiguración: la cárcel lo cercó hace muchos años y no logró sobrevivir.

Su lugar fue ocupado por la calle.

El silbido del pecho de Rafael es elocuente y ya casi ha silenciado el estruendo del viento.

Nunca fui al colegio.

Los tarros vacíos se acumulan bajo la ventana. Nos extinguiremos en el bosque, lentamente y sin ningún testigo.

Nunca fuimos al colegio.

Papá es un espejismo. La cárcel lo cercó hace muchos años y no logró sobrevivir.

Su lugar fue ocupado por la calle. La calle nos marcó el cráneo y la mejilla.

Me extingo lentamente. Veo helicópteros que me rodean. Voy a imaginar un estallido para no sentir la carne consumiéndose.

XVII

Me sangra la mejilla.

Rafael se queja, se retuerce en un rincón del ático. Su ropa está mojada y su cara brilla debido al sudor. Ya casi no puede pronunciar palabra. El silbido de su pecho se ha ido acrecentando y parece ser definitivo.

El fuego se extinguió y con él, desapareció la escasa luz que había. Me congelo sin las brasas, aunque supongo que es mejor así. El humo era perjudicial para mi hermano y en su delirio el frío ya no existía.

Mi mejilla y mi espalda sangran.

No estaré sólo en un rincón. Rafael me necesita. Lo acompañaré durante su agonía.

Rodeo con mis brazos el cuerpo de mi gemelo y le doy el último sorbo de agua caliente. Luego, le seco su cara mojada. Es imprescindible quitarle la ropa, de lo contrario, la humedad acumulada en la tela acelerará su final.

Está desnudo. Adivino el cuerpo de Rafael desde la oscuridad. Mi hermano parece un ángel vestido en sudor. Lo cubro con frazadas esperando alguna respuesta, pero es inútil.

Su cuerpo frío es casi mi mismo cuerpo. Su mejilla es mi mejilla.

Rafael ya no fija la mirada y el crujido de sus pulmones es ensordecedor. La tormenta de nieve nos azota con una fuerza indecible y mi hermano intenta respirar, pero ya es tarde.

Mi mejilla sangra.

Rafael expira y el temporal se hace cada vez más violento.

XVIII

Mi hermano acaba de morir.

Sus pulmones fueron apagándose lentamente hasta desaparecer todo silbido. Su corazón dejó de funcionar de forma casi imperceptible. Su cara se contrajo en una mueca trágica. Sus manos quedaron suspendidas en un gesto inconcluso.

Rafael falleció justo cuando la nieve entraba al ático y el viento rugía y arrastraba los árboles, arrancándolos de cuajo.

El aire, el aire. Me faltaba el aire cuando mi hermano dejó de respirar.

XIX

Quizás qué edad tengo. Camino inquieto por el ático de la casa. Me tiendo a la orilla de la fogata extinguida. El frío se acumula en mis huesos. Mojo mis manos con saliva para que la piel no se me escame.

De pronto, decido buscar un refugio para soportar este frío inclemente. Me dirijo hacia el cuerpo inerte de Rafael.

La visibilidad es mínima sin el fuego. La montaña blanca ha obstruido la ventana.

Mi hermano no respira. El frío aumenta. Contemplo la oscuridad y retengo el aliento en el ático.

El cuerpo de Rafael es mi cuerpo. Somos uno.

Impaciente, noto que mis axilas sudan y el aire se hace cada vez más espeso.

Rafael no respira. Rafael está muerto.

XX

Justo después de extinguirse el fuego, advertí el padecimiento de Tobías.

Mis pulmones se habían convertido en una carga difícil de sobrellevar. El agua caliente que me ofreció mi gemelo fue sólo un anticipo del final.

No comprendí su entrega cuando mi cuerpo fue silenciado.

Antes de fallecer, escuché el inconfundible ruido de los helicópteros. Los helicópteros fueron, desde siempre, los emisarios del proyecto mayor. Ahora mi carne es silencio.

Papá trabajaba horarios extenuantes en la ciudad y mi mejilla sangraba copiosamente.

Mi cuerpo es un espejismo.

XXI

Mi puño horada tu nombre, Rafael.

La nieve nos alcanzó en el ático y sólo un cuerpo sucumbió a la montaña blanca.

El aire, el aire, el aire. Me faltaba el aire.

Epílogo

Prefiguración de una imagen

Sus ojos son a mis ojos sufrientes de la mirada,
por eso son el escaso nexo que priva del abandono.

Diamela Eltit. *Lumpérica.*

Cristal muerte. Cristal agonía.
Disciplina.
Uno dos.
Inhala.

Resucité una existencia truncada.
Mi existencia truncada.
El mismo cuerpo se parte en dos. Se destruye y revive para soportar el vuelo rasante de los helicópteros.

La sonrisa torcida y los ojos perdidos en sus cuencas encandilan el enfoque. Ocultan la orfandad de días venideros. Difuminan todo atisbo de porvenir y encubren intacta la señal de ese destino fallido que no es más que destino pendiente, irresuelto en su constante fracaso, bello en su porfiado descalabro, rabioso en su pretérito.

Incierto en su ulterior devenir.

A simple vista, el daguerrotipo en sepia es sólo otra foto familiar. Una foto cualquiera de unos gemelos cualquiera. Pero idéntico vestir señala idéntico derrotero. Idéntico tránsito en el mohín congelado al futuro. Prefiguración de una imagen. Prefiguración de una huella en la arena. La fotografía es sólo índice de una carne que no pierde su obsoleto recuerdo.

Ahora volvamos a la sonrisa torcida y a la cuenca de los ojos.

Infantiles, pareciera que los gestos son más precarios que el escenario. Pareciera que el temor de la mirada forjara signos de distinta tipología. Como si el pelo, liso y ordenado sobre el lado derecho, recreara el significado de un precepto genealógico. Porque detrás de los gemelos, un padre y una madre aparecen recortados sobre un fondo rojo.

Roja la pared que corona el decorado desde donde se posiciona y renace esta familia cualquiera.

(Aunque es una fotografía ordinaria, una imagen es siempre porvenir en suspenso, tensión de cuerpos que

perseveran, tránsito inacabado, agua que en su curso reitera su reminiscencia).

Intrépida iconografía. Los gemelos idénticos y su exacta vestimenta así lo personifican.

Y vestigio es la imagen. El resto semeja grafía, argot de la ausencia. Un cuerpo de mujer y la violencia de los helicópteros. El hombre ovillado sobre sí mismo. La huerfanía de unos hermanos.

Idéntico vestir señala idéntico derrotero. Idéntico tránsito en el gesto congelado al futuro. Prefiguración de una imagen. Prefiguración de una huella en la arena. La fotografía es sólo índice de una carne que no pierde su antigua lozanía.

Índice

Primera parte: Ciudad……..11

Segunda parte: Nieve……...51

Epílogo: Prefiguración de una imagen……81

Esta primera edición de *Memoria de la carne*, de Pablo Ayenao Lagos, se terminó de imprimir en septiembre de 2015, con un tiraje de 200 ejemplares. Para los títulos y cuerpo de la obra se usó tipografía Adobe Garamond Pro y para el resto, Times New Roman. Se utilizó papel bond ahuesado de 80 g para el interior y couché polilaminado opaco de 250 g para la cubierta.